

cidas sino de poquísimas personas hoy, aunque corrieron impresas en varios volúmenes. Nosotros hemos leído el ejemplar que ha tenido la bondad de facilitarnos el Sr. D. Juan de Dios Arias, hijo político del Sr. Moreno.

Las composiciones patrióticas de éste, dignas de figurar al lado de las de Tagle y Alpuche, son las siguientes: una oda "*A la libertad mejicana*," y otra "*Al primer Jefe del Ejército Imperial Mejicano de las Tres Garantías*" [sabido es que tal era el título que se daba á Iturbide y al ejército libertador, en Septiembre de 1821]. Además, una tragedia en tres actos intitulada: "*Mixcuac, ó los efectos del amor á la Libertad*;" otra en cinco con el nombre de "*Xicotencatl*," y "*América mejicana libre*", drama alegórico en dos actos, cuyos asuntos estaban sacados de la historia antigua de Méjico y de la guerra de independencia.

Hemos de reproducir las dos piezas líricas antes mencionadas, porque, en nuestro concepto lo merecen, y porque sería lástima grande que los que tengan que coleccionar más tarde las composiciones patrióticas mejicanas, las omitieran por no conocerlas, como ya ha sucedido algunas veces.

También debemos agregar el ilustre nombre de D. Francisco Ortega, el compañero del gran

Heredia en trabajos literarios, y cuyas poesías patrióticas son más conocidas en Méjico.

## IV

## LOS POETAS DE LA ACADEMIA DE LETRAN.

En cuanto á los poetas patrióticos de la familia de Letrán, pocos nombres también podemos agregar á los ya mencionados, y entre ellos debe figurar el del general Díaz [padre de Díaz Covarrubias, la ilustre víctima de Tacubaya], que en diversos romances históricos procuró popularizar las gloriosas hazañas de los héroes de la independencia.

Como lo hemos dicho ya, en el recinto de la Academia de Letrán resonaron muy pocos cantos á la patria; y los jóvenes poetas que allí se atrevieron á pulsar su lira para honrar á los padres de la Independencia, tuvieron que callarla, intimidados tal vez por la presencia y el ceño terrible de los maestros de quella cátedra literaria.

.....  
*La Religión, El Amor, y El Placer*, tales fueron las musas preferidas en Letrán. Algunas veces *El Dolor, La Melancolía, La Duda*, númenes favoritos de la escuela romantica, en fuerte lucha entonces con la clásica, arrancaron sentidísimas

trovas á la juventud, pero *El Patriotismo, La Libertad, El Pueblo*, las sublimes deidades á quienes el alma agradecida de una nación libre hubiera debido tributar ardiente culto, fueron poco menos que olvidadas, á la sazón que ostentaban con soberana majestad en el exceleo Olimpo de la América del Sur, dende veían á sus piés una hermosa falanje de inspirados cantores.

Fué esta una desgracia muy grande para nosotros, no nos cansaremos de repetirlo, porque nuestras glorias quedaron desconocidas en el extranjero. Las glorias de un pueblo se transmiten mas prontamente en los acentos de la poesía, que en las tablas de la historia; tal ha sucedido siempre.

Ademas, se impidió dar á nuestra poesía el carácter nacional, que mas que nada imprime el patriotismo, como se ve de una manera indudable en los cantos sud-americanos, los cuales, si son intillgibles para los que hablan lengua sepañola, no se confundirán nunca con los cantos españoles, de los que se distinguen por un sello especial de americanismo que se revela hasta en las menores palabras.

No sucede otro tanto con la poesía mejicana de la época de que hablamos. Ella es española, absolutamente española; y por sus giros, sus

imágenes, sus asuntos su objeto, su sabor y su forma, se confundiría por cualquiera que no conociese los nombres de los poetas, con las producciones del Parnaso español. Es una imitación felicísima á veces de Melendez, de Luzan, de Cienfuegos, de Moratin, ó bien del duque de Rivas, de Martínez de la Rosa, y de Príncipe, ó por último, de Espronceda, de García Gutiérrez, de Bermudez de Castro, de Zorrilla y de otros, que habían trasplantado la escuela romántica á España.

De manera que puede decirse sin temor de aventurar una apreciación demasiado infundada, que nuestra poesía de esa época pertenece á España y no á América, lo cual es precisamente una gloria para los vates de Letrán, gloria que ambicionaron, y á cuyo logro tendieron sus aspiraciones y sus esfuerzos. Consiguieronla muchos de ellos, y entre los elogios que se les tributan, no es el menor, ciertamente, el que se les asigna de poder colocarse dignamente al lado de los poetas españoles. Nosotros, siempre teniendo á la vista las obras de los poetas sud-americanos, preferimos la gloria de estro, tal vez mas modesta, pero de seguro mas apreciable, al menos para los que soñamos con una literatura esencialmente americana.

No es que allí deje de haber también imita-

dores de las literaturas extranjeras; sí los hay, pero al menos son imitadores directos del modelo, y no de otros imitadores. Seremos más claros: han bebido en las fuentes de la literatura extranjera; y sea porque muchos de estos imitadores han sido lanzados por la proscripción al suelo europeo, ó sea porque Bello, el gran maestro, residió mucho tiempo en Inglaterra y allí adquirió el conocimiento profundo de esa literatura que hizo conocer á sus compatriotas por medio de los periódicos literarios que fundó y redactó; sea, en fin, porque el comercio extranjero llamado desde los tiempos de la Independencia á los puertos sud-americanos, trajo á ellos desde temprano con el conocimiento de extraños idiomas, los tesoros literarios de Europa, el hecho es que admiramos en aquellos poetas conocimientos superiores que no se advierten en Méjico, sino mucho después; y por tanto, la imitación allá es más feliz y tiene un carácter mas interesante, por su original consorcio con el pronunciado nacionalismo, que forma siempre el fondo del génio poético sud-americano.

Así es, que Juan Carlos Gómez y José Mármol, que han hecho más interesante á la musa melancólica y sombría del romanticismo sentándola á orillas de los mares del Nuevo-Mundo, cuando han imitado, han imitado á Byron

y no á Espronceda; y por eso algunos cantos desesperados del primero tienen una sorprendente semejanza con los últimos lamentos del poeta inglés, y el *Peregrino* del segundo parece el hermano gemelo de "*Child-Harold*."

Pero con todo, estúdiense con cuidado los originales europeos y la imitación americana, y se encontrarán en esta, ¡cosa rara! tales ó cuales rasgos que revelan su filiación; pero siempre una gran novedad en el fondo y en la forma; de modo que la poesía imitada es al original lo que una hermosa criolla hija de madre indígena, es á su padre europeo.

El mismo patriarca de la literatura sud-americana, Andrés Bello, á quien todos proclaman, sin duda alguna, como un talento clásico y como un hablista correcto, no se ha desdeñado de imitar; pero en vez de tomar por modelo á Fr. Luis de Leon, á Herrera ó á Moratin, ha ido hasta el siglo de oro de la poesía latina á buscar á Virgilio y Horacio; ó bien á los tiempos de la inspiración griega, para aprender las grandiosas imagenes de Homero, y para repetir los acentos de Píndaro y de Alcmán.

Igual observación puede hacerse en el *Canto á Juniv*; y cuando se llega á ciertos pasajes y se contempla á los héroes americanos pintados por el poeta, se cree ver á los gigantescombato-

tientes de Ilión, y se da á Olmedo por derecho de conquista el título de *homérida*.

Echeverría, educado en Europa, parece más estricto imitador y mas vario en sus copias. Sus cantos recuerdan á veces los de Goëthe, á veces los de Schiller; otras los de Lamartine, no pocas los de Pindemonte. Con todo, en *La cautiva* se muestra esencialmente argentino, y el bardo europeo se trasforma completamente al convertirse en el cantor salvaje de las Pampas.

La lira de Bello ha repetido dos y tres veces los acentos de la lira de Víctor Hugo, pero entonces, ¡con qué majestad no han resonado en las florestas americanas los cantos del vate francés! Es bien difícil interpretar á Víctor Hugo; pero Andrés Bello, el gran poeta de América, era muy digno de traducir al gran poeta de Europa, y ambos han quedado á igual altura. Los que no saben el francés, pueden estar seguros de conocer ya "*La Oración por todos*."—"*Los fantasmas*."—"*Los duendes*."—"*A Olimpio*" y "*Moisés salvado de las aguas*." si leen estas composiciones en la traducción de Bello.

En cuanto al Peruano Pardo Aliaga, corecto y severo, como buen discípulo de D. Alberto Lista [que dirigió sus estudios y que le distinguió siempre], se parece en sus odas á Quintana, en sus poesías festivas á Breton; pero su educación,

eminentemente española, no ha sido un obstáculo para que dé á su poesía el color y sabor de América, que hacen imposible confundirle con los otros alumnos de Lista.

Y por este estilo son los demás imitadores de la América del Sur, cuando suelen imitar, que es rara vez.

Así es, que puede decirse que casi todos son originales; y precisamente los que han hecho gala de ser buenos intérpretes de la literatura extranjera, son también los que han creado la poesía americana.

Bello, Olmedo y Madrid, primero; Gómez, Godoy, Mármol, Acuña de Figueroa, después; Lozano, el melancólico Lozano, Domínguez, Arboleda, Pombo, Salaverry, Matta, Blest Gana, y un centenar ahora, son los fundadores y sostenedores de la poesía nacional. Sus versos tienen, si vale hablar así, el perfume de las florestas del Nuevo Mundo; se siente, al leerlos, azotar nuestra frente el soplo poderoso del *pampero*, nos baña fresca y regalada la sombra del *ombú*, vemos la inmensa mole de los Andes, nos sonríe el cielo hermoso de los trópicos, escuchamos el rumor de las ondas del Plata ó del Orinoco, nos aturde el rugido de la catarata del Tequendama, y nos quedamos pensativos y atónitos, como si viésemos extenderse ante nuestros

ojos la inmensa y sombría llanura del Pacífico.

Y por todas partes, en los valles, en las cordilleras, al borde de los ríos, en medio de los bosques, entre los rayos de la luna ó las estrellas del cielo, en el desierto de las pampas y á orillas de los mares, siempre vemos á los héroes de la Patria, siempre á los héroes: ¡siempre se dibuja á nuestra vista la colosal figura de Simón Bolívar, como un dios que todo lo ocupa, que todo lo llena, que todo lo rige, numen necesario, personificación eterna de la Libertad, que vive siempre en la fantasía del poeta y que conmueve siempre su corazón!

¿Puede gloriarse nuestra poesía antigua de producir igual efecto? No: en nuestra poesía antigua, la imitación es imitación de raza pura, y no se mezcla á ella para nada el elemento indígena, la belleza nacional. Con excepción de dos ó tres poesías del género puramente descriptivo, como el *Méjico* de Carpio, todo lo demás nos representa un paisaje, tal vez falso, de Judea, de Egipto, de Sodoma, de Asiria, de Roma, ó bien de España, de Francia, ó cuando más, un panorama fantástico del paraíso católico, ó un cuadro chillante del infierno, no parecido á los tremendos del Dante, ni á los grandiosos de Milton, sino á los grotescos que se presentaban en

las antiguas *diableries*, mezquinos engendros de la comedia popular de la Edad Media.

Esto en cuanto á lo imaginativo; en cuanto á la enseñanza histórica, ya hemos dicho lo que hay: poco ó nada. Es preciso no olvidar que estamos considerando la poesía bajo el punto de vista patriótico; se trata de la poesía épica y nacional.

La generación de que hablamos, no podemos desconocerlo, enriqueció más aún los tesoros de la poesía *española*; y aunque Méjico, con sus bellezas y sus glorias quedó olvidada, España puede vanagloriarse de que todavía la generación poética de Letrán le pertenece de derecho, con excepción de tres ó cuatro jóvenes que tuvieron la audacia de repetir en literatura el grito de Dolores, y de interpretar en la lira el odio de los insurgentes.

## V

## LOS POETAS DEL LICEO HIDALGO.

Si nos ponemos á buscar con fría curiosidad y con criterio desapasionado, la causa del singular desdén con que los antiguos poetas de que hemos hecho mención, veían los asuntos patrióticos, encontraremos la siguiente:

La opinión, dominante entonces, acerca de las glorias de la Independencia. Había pasado el entusiasmo de los primeros años de libertad; el furor de las luchas civiles había envenenado las almas; una especie de desaliento insensato, pero que no por eso era menos real, se había apoderado de los espíritus que, sobrado exigentes y poco acostumbrados á las tempestades de la democracia, veían desvanecerse sus ilusiones de paz y prosperidad, y culpaban de ello á la independencia. Se había operado una reacción en favor de los antiguos dominadores, reacción muy fácil de explicar, porque estaba vivo todavía el partido realista, el cual no había aceptado la independencia sino hipócritamente y con la esperanza de fundar una monarquía, que ensayó con Iturbide, y que creyó malograda á la caída de este usurpador.

Las clases privilegiadas dominaban todavía. Estas clases eran el clero, enemigo mortal de los caudillos de 1810; el ejército, que era *gachupín* en el fondo, que no había podido lavarse con el baño de 1821 de la sangre patriota que había derramado durante once años de tremenda lucha, y que ambicionaba para sí el poder supremo, y la aristocracia que había quedado aún, aristocracia tanto más susceptible y enorgullecida, cuanto que su origen no era más que mer-

cantil y plebeyo. Hé aquí las castas que odiaban cordialmente al pueblo; es decir, á las masas que habían seguido á Hidalgo en su heroico levantamiento. Este pueblo, como era natural, recordaba que había sabido luchar y vencer; no amaba á los falsos aliados de 1821; se burlaba del pretendido patriotismo de los hombres del ejército, y consideraba como sus legítimas glorias y como sus verdaderos héroes, las glorias y los caudillos de 1810.

Por consiguiente, el odio estallaba cada día más amenazador entre esas castas y la mayoría popular de la Nación.

En tales momentos, de angustia ciertamente para el clero, el ejército y la aristocracia, quizás hubo arrepentimiento de haber ayudado á la emancipación de la colonia, quizás las miradas se volvieron con esperanza á la antigua metrópoli, de seguro que se soñó con una sumisión nueva á la corona de España; y en tal oportunidad, los escritores reaccionarios desembozaron con insolencia su encono y su rabia contra los hombres de 1810. A la cabeza de estos hombres estaba el famoso D. Lucas Alamán, de nefanda memoria. Este hombre, dotado de grandes talentos, de inmenso prestigio en las clases opulentas, y de pasiones violentísimas, comenzó á propagar en su *Historia* y en los periódicos

que fundó, el odio contra los héroes. La calumnia, la invectiva, el sarcasmo, la innoble burla, todo lo utilizó para manchar la memoria de nuestros libertadores. Llamó al inmortal caudillo de Dolores, ladrón y asesino; fingiendo admirar á Morelos, lo difamó de cuantas maneras pudo; presentó á los demás insurgentes como una horda de foragidos sin Dios y sin ley, y persiguió con su saña implacable al ilustre general Guerrero: acabó de enemistarlo con Bravo, y sabido es que no paró en eso, sino que perseverante en sus aborrecibles y cobardes pasiones, concluyó por prepararle el lazo más infame de que haga mención la historia, y le condujo, mediante la traición, al patíbulo de Cuilápam.

Estos trabajos, este éxito de unos días, esta reacción preparada con tanta fuerza y talento, dieron á la ideas de Alamán un prestigio enorme. Si no se le creyó enteramente, se le contradijo á medias y con timidez; se tuvo por buen tono y por sentimiento de justicia alabar á España, ensalzar sobre las hazañas de los héroes las hazañas de Cortés, ídolo de Alamán, y horrorizarse de los *grandes crímenes* cometidos por los hombres de 1810. La independencia se tuvo por crimen y una locura; los insurgentes volvieron á ser anatematizados; la República debía, en expiación de sus crímenes, postrarse de nue-

vo ante el rey de España y presentar sus manos para ser encadenado otra vez. ¡Hablar bien de Hidalgo, de Allende, de Morelos, de Guerrero, eso hubiera sido una blasfemia; cuando más, era lícito ensalzar á Iturbide, apellidando regicida á la nación por haberlo castigado. Estábamos en plena reacción española, y si alguna vez corrió Méjico el peligro de sufrir lo que sufrió después Santo Domingo, por la traición de Santa-Anna, fué entonces.

Y aunque las revoluciones sucesivas hicieron caer á Alamán y aborrecer sus ideas, éstas aún quedaron hondamente grabadas en las gentes que se decían cultas.

¿Qué extraño es, por lo mismo, que los poetas no quisieran cantar las glorias de la independencia y las proezas de los héroes? Los vates meticulosos ó adictos á las doctrinas de Alamán, se hubieran creído manchados si glorificaban al padre de la Patria, acusado de ladrón y asesino. Los artistas no se atrevían á presentar en cuadros ó en estatuas su bendita imagen, ni á obli- gar á la música á rendir su homenaje de armonías al que había quitado de las gargantas mejicanas el dogal de los conquistadores.

La tribuna misma era tímida y vergonzante para hablar de 1810, y la solemnidad del 27 de Septiembre eclipsaba á la del 16. Hubo más

himnos entonces para el soldado que se hizo rey, que para el anciano sacerdote que por libertar á su país se hizo mártir.

Tal es la explicación que nosotros hallamos del silencio de la poesía, en aquella época desgraciada y de triste recordación.

.....  
 .....  
 La Constitución de 24 volvía á imperar; los viejos calumniadores de la independencia estaban desprestigiados, y la civilización abría sus alas gozosa. Entonces nuevos poetas aparecieron por todas partes, y el genio de la fraternidad los reunió en torno de un nuevo altar.

Así nació el Liceo Hidalgo. Los miembros de esta sociedad literaria no eran ciertamente todos los que cultivaban en aquella época la poesía y las bellas letras. A la sazón formábanse otras sociedades de la misma naturaleza en diversos Estados de la República, como en Guadalajara y Mérida, y en otras ciudades aparecían nuevos periódicos literarios, ó consagraban los políticos una parte de sus columnas á las producciones poéticas de una juventud entusiasta y laboriosa. Por donde quiera se presentaban talentos desconocidos antes, que en breve fijaban la atención pública. Era, pues, aquella una época de ranacimiento, y se explicaba natura-

mente, pues las convulsiones de la guerra civil, los efectos de la invasión americana reciente, y la recelosa susceptibilidad de una política despótica que había impedido desencadenar la imprenta y dar vuelo á los estudios, habían mantenido estacionaria á la literatura y retraído á la juventud de consagrarse á ella para hacerla progresar. Así es que apenas brilló en nuestro cielo el sol de la paz y de la libertad, cuando la poesía abrió otra vez sus santuarios á la nueva generación de adoradores.

Como se ve, pues, el *Liceo Hidalgo* no era la única escuela; pero sí el núcleo, por decirlo así, el guía, tanto por los mayores elementos con que contaba por su situación en Méjico, que es el centro más civilizado de nuestro país, como porque los individuos que lo formaban eran en su mayor parte distinguidos escritores y poetas, conocidos ya generalmente, y que mantenían estrechas relaciones con todos los que cultivan las bellas letras en la República. Por esa razón, no pudiendo encontrar un dictado mejor para la generación poética de ese tiempo, nos hemos permitido llamarla del *Liceo Hidalgo*, como llamamos á la anterior de la *Academia de Letrán*, y á la primera de la *Independencia*.

En esta familia del Liceo Hidalgo, no se hizo sentir sino muy ligeramente la influencia de los



viejos de Letrán, y apenas uno que otro de los socios más jóvenes de esa extinguida Academia, fué registrado como miembro de la nueva.

Uno de los principales fundadores del *Liceo*, era un joven algo conocido á la sazón por sus escritos políticos y por su adhesión á las ideas progresistas, lo cual le granjeaba el apodo de *exaltado*.

Este joven era D. Francisco Zarco.

.....

.....

.....

Al lado de Zarco vemos allí á Granados Maldonado, escritor erudito, también progresista, y empeñado como el primero en dar á conocer en el país los tesoros de la literatura inglesa y francesa, casi ignorados hasta entonces. Vemos allí jóvenes que, sin desdeñar la lira, se consagraban de preferencia á los trabajos de la Oratoria política, de la Historia popular, y del Drama patriótico

.....

.....

Los periódicos de aquel tiempo están llenos en los días de Septiembre, de Himnos patrióticos, de Odas, de Marchas nacionales y de sonetos, consagrados á conmemorar las glorias de la Independencia.

Granados Maldonado, Félix María Escalante, Epitacio Jesús de los Ríos, Pantaleón Tovar, Joaquín Tellez, José Tomás de Cuéllar, Luis Gonzaga Ortiz, Andrés Davis Bradburn, Octaviano Pérez, José María Rodríguez y Cos, Joaquín Villalobos y otros, son los que firman las composiciones patrióticas de la capital; mientras que en Veracruz, José María Esteva y Díaz Mirón; en Morelia, Gabino Ortiz; en Guadalajara, Rosales (el héroe de San Pedro), José María Vigil, Villaseñor, y Echaiz; en Tabasco, León A. Torre y José Manuel Puig, hacían resonar en sus liras sus cantos á la libertad; y en Yucatán, una pléyade de bardos, animados por la voz elocuente del eminente y nunca bien sentido Dr. D. Justo Sierra, repetía los acentos armoniosos de Alpuche en la lira de Pedro Ildefonso Pérez.

Por fin, el hermoso monumento de la Epopeya mejicana, cuyos cimientos abandonados y tristes estaban próximos á desaparecer, continuaba levantándose, y esto era ya bastante para el honor de la poesía nacional.

## VI

LOS PORTAS DE LA REFORMA Y DE LA SEGUNDA GUERRA  
DE INDEPENDENCIA.

Mas tarde, y durante la tempestuosa década de 1853 á 1863, en que se sucedieron la dictadura de Santa-Anna, la revolución de Ayutla, el gobierno de Comonfort, las revoluciones reaccionarias, la guerra de la Reforma, los dos años de administración constitucional, y la invasión francesa, aparecieron nuevos poetas cuyo talento brilló en medio de las negras nubes de la política y de la guerra. A estos vates, pertenecen: Juan Díaz Covarrubias y Manuel Mateos, Leandro Valle, Vicente Riva Palacio, José Rivera y Río, Julian Montiel, Alfredo Chaveró, Juan de D. Arias, José María Ramírez, Eduardo Ruiz, Ramón Valle, y Juan Mateos.

## VII

## LA GENERACION CONTEMPORÁNEA.

## POESÍA PATRIOTICA.

Hémos aquí frente á frente de la generación contemporánea. ¿Ha cultivado más que sus an-

técenas la poesía que aviva la llama de patriotismo y enaltece y eterniza las glorias del pueblo?

Para responder á esta pregunta nos es preciso hacer una distinción indispensable. La juventud literata no ha podido escapar á la influencia irresistible de las pasiones políticas que han dividido últimamente á la nación entera, y se ha colocado en las filas del uno ó del otro bando.

Los poetas nutridos en las ideas monárquicas ó conservadoras, han sido pocos, y de éstos algunos merecen un lugar distinguido en la literatura; pero como generalmente no han cantado á la Patria, ni á la Libertad, y han preferido consagrar su lira, ora á ensalzar las bellezas de la religión católica, ora á cantar las glorias de los invasores franceses que venían en 1863 pretendiendo aniquilar la soberanía de la República, ora, por último, á celebrar la llegada del archiduque Maximiliano, y adormecerlo en el camino que debía conducirlo fatalmente al cadalso; como quiera que en nuestra humilde inteligencia no creemos que cantar la piratería y el virreinato francés haya sido cantar á la Patria que jamás pudo estar representada sino por sus héroes republicanos, parece que tenemos el derecho de no considerar á los susodichos poetas en el número de los poetas